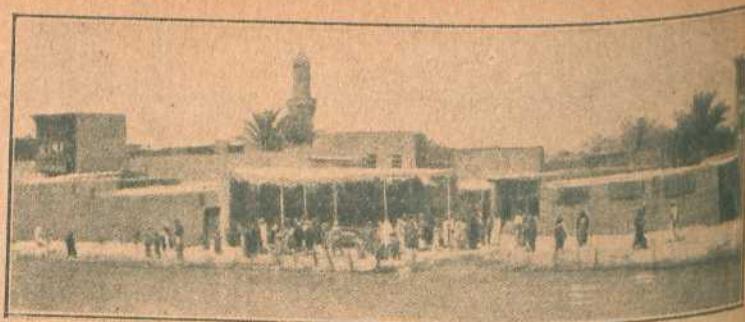


Per los países de Oriente.—La Mesopotamia

Allá, en el fondo del golfo pérsico, entre palmeras seculares y en la solemne tranquilidad del más hermoso paisaje oriental, el Seiat-el-Arab vierte las aguas turbias y turbulentas del Eufrates y Tigris en el limpio océano.

De Basra a Bagdad, el Tigris sigue su caprichoso curso, cruzando la llanura mesopotámica, formando grandes curvas y, de trecho en trecho, siguiendo una linea recta; en toda la extensión, la interminable llanura no ofrece un solo punto que interrumpe la monotonía del paisaje y que distraiga la penosa impresión que a todos nos produce el vacío y lo infinito.

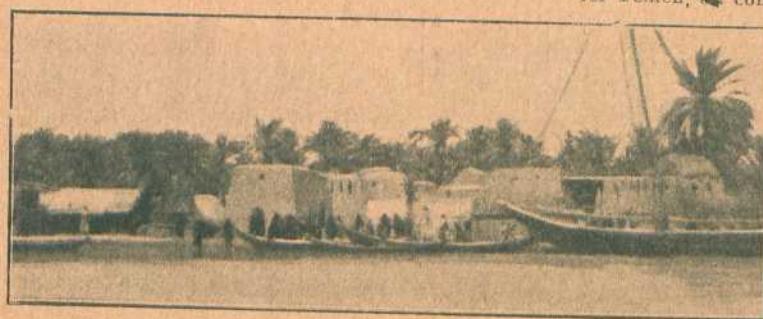


La ciudad de Amara, vista desde el Tigris

Su apariencia de pacífico pastor, no está por cierto, en armonía con su espíritu bravo y lachador, que le hace estar, igual que el habitante del Yemen, en continua rebelión contra las autoridades turcas. Bagdad, la soberbia metrópoli árabe, surge sobre las ruinas aún visibles de la histórica ciudad de los califas, donde tuvo su origen la leyenda de las "Mil y una noches". El Tigris divide la ciudad árabe, con sus cuitas blancas entre frondosas palmeras, de la ciudad turca, con sus palacios, consulados, mezquitas e inmensos bazares, donde se reúne la turba asiática, más cosmopolita.

Por la ciudad de Bagdad debe pasarse para llegar a las varias ciudades santas, entre otras Kerbela y Mesced-Ali, donde están las sepulturas de Turan Hussein y Ali, las más sagradas del culto escita.

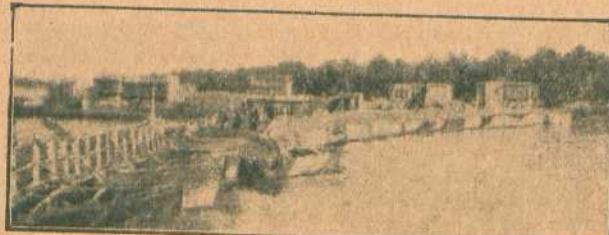
Pocos persas hay que no hayan estado, al menos una vez en su vida, en estas ciudades, de las cuales vuelven con el título de "kerbelai", así como los que van a la Meca vuelven con el de "hadgi". Los más fanáticos, y sobre todo los que cuentan con los medios necesarios, sean ser enterrados en la cercanía de sus santos favoritos, y por eso llegan continuamente grandes caravanas con los despojos mortales de algún muerto querido, de



Pueblo árabe sobre el Tigris

Dicose que donde no existe el hombre no hay vida, pero en esas regiones la soledad es sólo aparente, porque frecuentemente el crujido característico de los pozos, que consisten en dos palos a modo de bandera a media asta que parecen surgir del río, anuncian la presencia del beduino, el habitante del desierto.

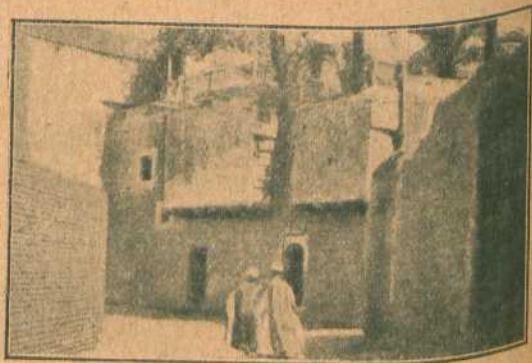
Lejos del consorcio humano, el beduino no se preocupa del progreso de los países occidentales, y al ver pasar los vapores, representantes en aquellas solitarias regiones de los adelantos de nuestra industria moderna, dispara frecuentemente, con soberbio desdén, su espingarda contra ellos.



Puente de barcas en Mussoief, sobre el Eufrates



Interior de un seminario islámico en Bagdad



Una calle de Bagdad